

HEMATOMA

Yael Weiss



HEMATOMA

Yael Weiss

ELEFANTA
EDITORIAL

HEMATOMA

Primera edición, 2019

D.R. © 2019, Yael Weiss

Director de la colección: Emiliano Becerril Silva

Diseño de portada: Abril Castillo

Formación: Lucero Vázquez

D.R. © 2019, Elefanta del Sur, S.A. de C.V.

Tamaulipas 104 interior 3,

Col. Hipódromo de la Condesa

C.P. 06170, Ciudad de México

imailiano@gmail.com

www.elefantaeditorial.com



@ElefantaEditor



elefanta_editorial

ISBN LIBRO IMPRESO: 978-607-9321-68-0

ISBN EBOOK: 978-607-9321-69-7

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamien-

to informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

A la Buba Pazy

HEMATOMA

Para Ilan

I

AL FIN APARECIÓ LA MÉDICO FORENSE EN UN EXTREMO del pasillo. Avanzaba rápido con los pasitos que le permitían sus piernas cortas, como si reconociera a Gala y corriera hacia ella. No era extraño, pues sabía que alguien la esperaba en los pasillos subterráneos del Palacio de Justicia, y Gala era la única persona en el lugar. Quizá lo raro, más bien, era que Gala la imaginaba diferente: más gris, más pausada, más *dark*. La mujer que acudía a la cita contradecía sus expectativas con una camisa floreada, una falda verde menta, pantimedias rosas y moca-sines Camper. Al hombro, eso sí, una voluminosa bolsa de cuero desgastado y oscuro.

—Perdón, perdón —empezó la médico en su recta final, los últimos cinco metros—. Tuve un caso en el exterior.

—Sí, sí —respondió Gala—, me avisaron. Que tuvo un muerto sospechoso.

—Sí, eso, exacto, un muerto sospechoso.

Estrecharon manos y entraron al despacho.

—Siéntese, por favor... En un momento empezamos.

La mujer prendía luces, movía sillas. Posó sobre el escritorio su gran bolso y hundió ambos brazos en el interior. Gala vio salir unos *tuppers* con restos de comida, un pa-

quetito de Kleenex, un teléfono celular con protector de calaveritas y un monedero rosa con calaveritas también. La médico forense se calzó unos lentes de pasta y se acomodó sobre la silla detrás del escritorio.

—Bueno, ahora sí. Cuénteme qué pasó. ¿Cómo ocurrió este altercado con la policía? ¿Cómo le rompió la nariz? — la mujer probaba las puntas de sus lápices sobre la yema de su dedo.

—El altercado... sí..., Pero ya todo quedó consignado con la juez, ¿no?

—Algo me dijo. Pero yo necesito todos los detalles de primera mano. Por favor. Cómo y dónde la golpearon, cómo empezó, por qué. Espere. Primero deletree su nombre —al fin la médico escogió su lápiz y levantó la vista. Detuvo sus ojos verdes sobre los ojos de la interrogada.

Gala dio sus datos personales, fecha y lugar de nacimiento, domicilio actual, nivel de estudios. Precisó que se había licenciado en biología. La médico forense escribía sobre un cuadernito con letras redondas y cuidadas que Gala renunció a descifrar desde su asiento. Se apoyó sobre el respaldo mientras enumeraba sus enfermedades de niñez, sus embarazos y abortos, sus operaciones quirúrgicas. Se sentía molida por los golpes y la noche pasada en el separo. Le era de pronto agradable hablar de su cuerpo como de un objeto con características medibles, con un historial de accidentes ubicables en el tiempo y el espacio. Buscó la mayor cantidad de detalles para alargar el momento. Contó que era maestra de escuela, de ciencias de la vida.

—¿Conocía con anterioridad a la señora policía? —interrumpió la médico.

—No.

—¿Por qué le dio un puñetazo en la cara?

Gala intentaba responder a esa pregunta desde la noche anterior, tanto en los interrogatorios iniciales como en la soledad del separo. No lo sabía. Una especie de comezón insoportable la había empujado a actuar.

—En la parte trasera de la tienda tenía a dos muchachos muy jóvenes con las manos sobre la pared —empezó a contar Gala—. Ellos no estaban haciendo nada. Les registraba cada bolsillo, cada pliegue del pantalón, les quitó el cinturón y les pasó la cachiporra por el pene. Lo hizo varias veces, lo de tocarles el pene. Lo vi claro. Ellos eran solamente dos adolescentes, no merecían ese abuso.

—¿Intentó hablar con ella? —la médico no levantó la mirada, esperó la respuesta con la punta del lápiz a un milímetro del papel.

—Intenté, pero no se pudo —mintió Gala.

—Ok. Muy bien —la médico cambió de hoja, apuntó un par de líneas extra—. Bien. Ahora pasemos al examen por favor. Quítese toda la ropa.

—¿Los calzones también?

—Los calzones también.

Gala obedeció. Era la única manera de comprobar que la policía se había vengado directamente sobre su cuerpo, que la habían molido a golpes en la comisaría, cuando ya tenía las manos atadas tras la espalda. Las esposas le dejaron cicatrices en ambas muñecas. Según su abogado, si ella amenazaba con iniciar un juicio por violencia policiaca, ellos retirarían los cargos en su contra. Ésa era la apuesta.

—Disculpe —empezó Gala mientras doblaba con cuidado su ropa percutida.

—¿Sí?

—¿Los médicos forenses no son únicamente para los muertos?

—No. Nos ocupamos de todos los delitos contra un cuerpo. Desde un diente roto —la médico desplazaba objetos sobre su escritorio mientras Gala hacía bolita sus calcetines—. Hay hombres que se agarran a golpes en la calle y luego inician un juicio de reparación donde exigen que se les pague un cirujano plástico. Piden una nariz nueva, más recta y varonil, cosas así. Hay que juzgar hasta dónde llega la responsabilidad de cada quién. ¿Ya está lista? —dio unos

pasos y encendió una lámpara de luz blanca—. Acérquese, por favor.

El examen se hizo de pie. Gala se paró sobre unas huellas blancas dibujadas en un tapete de espuma. La médico forense, sin separarse de su cuaderno, subió a un escaño para comenzar el trabajo desde la coronilla. Analizó el cráneo con la yema de los dedos, peinando para aquí y para allá el pelo enmarañado y sucio. Bajó del escaño y continuó el examen en círculos, como si analizara una columna de jeroglíficos. Enunciaba sus observaciones y las apuntaba. Hematoma, 3 × 4, sobre hombro derecho a 1 centímetro de la cabeza del húmero. Contusión, 2 × 4, sobre escápula derecha. Hematoma, 1 × 1, bajo la axila izquierda, sobre primera costilla. Y así hasta la punta del pie. A diferencia del médico de los vivos, la médico forense no indagó en ningún momento si le dolía aquí o allá ni se esforzó por romper las bahías de silencio que se instalaron por largos minutos. Cuando terminó con cinco vueltas completas el recorrido del cuerpo de Gala, cerró su cuaderno y preguntó:

—¿Puedo tomar unas fotos?

—Sí, por supuesto.

Después de un par de tomas cercanas, Gala preguntó si eran pruebas para el juicio.

—No. El juicio sólo usa el reporte escrito. Las fotos son para mi colección personal. Estos hematomas tienen formas y colores peculiares —explicó—. Es muy interesante.

—¿Interesante? ¿Por qué?

—Son como flores. Aunque el método de golpe no es óptimo y las flores no están correctamente definidas, la tendencia es clara. Los pétalos son muy afilados, como esas flores que se llaman diente de león. Ya te puedes vestir.

—¿El método de golpe? —Gala estaba sorprendida—. ¿Con otro método de golpe las flores salen mejor?

—Exacto. Podría usted presumir una hermosa decoración natural, un pequeño jardín personal de flores azul con amarillo. Fíjese bien, mire aquí —la médico acercó la pantalla de su pequeña cámara digital—, los amarillos sólo apa-

recen hacia el centro, como pistilos. No en cualquier cuerpo se obtiene tanta precisión en el delineado, ni en el color.

—¿En su colección personal tiene puros hematomas con forma de flor? —Gala pasó la cabeza dentro de su camisa.

—No, no, hay de todo. Una vez analicé un cuerpo que producía círculos perfectos y concéntricos. El centro morado, luego rojo, amarillo y una línea exterior muy delgada verde. Otro caso es el de una mujer que reaccionaba a las contusiones con patrones de fuentes de agua. A partir del punto de impacto, los capilares se dañaban hacia arriba, a la vertical, con una ligera inflexión en los extremos, como chorros que se elevan y luego caen. Curioso, ¿no? A esa la conocí como cadáver.

Gala terminó de vestirse, se calzó los zapatos y dudó unos momentos.

—¿Me muestra otra vez las fotos que me tomó?

Después de mirarlas, Gala preguntó cómo podía obtener patrones de flor más precisos.

—Con un especialista golpero.

—Ah. No sabía que existía... ¿Me puede recomendar uno?

—Sí. Te voy a dar el número. Pero tienes que esperar a que desaparezcan estos moretones mal hechos. ¿Tienes dónde apuntar? Ah, no, espera. Ten esta tarjeta.

—Gracias.

Gala se quedó mirando el cartoncito.

—Carlos es el mejor —aseguró la médico.

—¿Pero es legal esto del golpero? —preguntó Gala.

—Sí. Claro. Es como los tatuajes o los piercings. Que la gente haga lo que quiera con su cuerpo mientras no se mate. Y mientras sea un acto voluntario.

En el umbral del despacho añadió a manera de despedida:

—Pasaré el reporte a la juez. Ya puedes irte a casa y tomar un baño. ¡Suerte!

Le guiñó un ojo y cerró la puerta.

II

EN EL AULA SOBRECALENTADA, DESPUÉS DE HABER TRAZADO una A mayúscula exageradamente grande, Gala se inmovilizó por completo, manteniendo la punta biselada del plumón sobre la pizarra. Volteó de tajo. La clase tomaba apuntes con el aspecto general de siempre. Caras arriba hacia el pizarrón, caras abajo hacia el cuaderno. Ese vaivén. Un niño se reía, quién sabe de qué, y otro buscaba algo bajo su mesa, quizá su pluma. Nadie podía adivinar las flores moradas y verdes bajo la blusa de Gala, cada vez más precisas, al filo de semanas de tratamiento, más dueñas del espacio de piel que recubría su espalda. Gala sentía un hormigueo precisamente ahí, como si diminutas y ligeras patitas corrieran entre sus omoplatos. Era una sensación muy parecida a la de su pesadilla recurrente cuando estudiaba biología. Sobre todo después de las disecciones de pequeños mamíferos, soñaba que su cuerpo aparecía en el patio de la facultad, cubierto de cucarachas. A veces eran mariposas negras. Y a veces también su piel reventaba y por debajo aparecían más insectos.

Gala tapó el plumón y se sentó sobre el escritorio. Ahí seguía la circular de esta mañana.

—Bien. Ahora vengan por el material en parejas. Empieza la primera fila, Julieta y Lea por favor.

Gala entregó charola, lupa, jeringa, pipeta, bisturí, una caja Petri y un insecto a cada equipo. Examinaba las manos tendidas de cada niño, o adolescente, o como se llamaran esos cuerpos de once años. *Vigilen las cicatrices en muñecas y antebrazos*, advertía la circular distribuida a todos los profesores de la escuela. Por este medio se acababa de enterar Gala de un juego cibernético que cobraba cientos de muertes entre los jóvenes de todo el mundo. Los recién ini-

ciados realizaban pequeñas cortadas en sus brazos, los más avanzados en el juego dibujaban animales como peces y arañas sobre su piel, con un cuchillo. Los que alcanzaban la etapa final, filmaban su propia muerte. *Vigilen*, repetía la circular.

—¿Qué es eso?

—¿Qué, maestra?

—Eso que tienes ahí —Gala señalaba el antebrazo de la pequeña.

—Me mordió mi hermano.

Las huellas de los dientecitos definían una circunferencia de puntos rojos. Era una marca redonda, abultada en el centro.

—Aquí tengo otra, maestra —la niña arremangó su camiseta y mostró una marca similar en el hombro—. Pero mi mamá no le quiere pegar.

—¿Y tú no le pegas?

—No. Porque me castigan.

Gala no preguntó más: no eran cicatrices de cuchillo, no era el juego mortal. Eran marcas de vida. Y bastante bien logradas. No iba a entregar niños a psicólogos y policías a la primera de cambio.

—Bueno —dijo en voz alta para toda la clase— ya todos tienen un insecto en su charola. Obsérvenlo bien. Tienen que identificar qué insecto es, qué hacía cuando estaba vivo, cómo comía, qué comía, cómo se desplazaba. Fíjense en las alas, en las patas, en los pelos, en las antenas, en las mandíbulas, en todo. Descríbanlo. Compárenlo con los dibujos de su libro. Hay un microscopio aquí —señaló una esquina del salón—. Y agua destilada.

Ya nadie la escuchaba. Todos agarraban las jeringas y los bisturís.

—¡Primero observen! ¡No corten! ¡No destruyan su objeto de estudio! —Gala alzó la voz.

Un niño la miró con cara de susto. Los demás no la pelaron.

Gala rodeó su escritorio y se sentó sobre él. Sentía las patitas ligeras en la espalda, entre sus flores secretas. Frente a ella, los alumnos llevaban su vida de alumnos, protegidos por las paredes del instituto, a salvo, por el momento, de la violencia en las calles.

De pronto entró el supervisor escolar con un policía. Pasaron sin decir más palabra que “¡Buenos días! Niños, sigan con sus actividades. Con permiso, maestra”. Se llevaron a la pequeña de las mordidas. Gala, que ya tenía un juicio por romper la nariz de una mujer policía, no dijo nada. Se quedó mirando cómo un alumno cortaba su grillo en pequeñas rebanadas.

III

SE ACOSTÓ BOCA ABAJO, DESNUDA DE LA CINTURA HACIA arriba. Sobre la cama de cuero café, sus senos se aplastaron como dos almohadillas blancas bajo su torso. Carlos se desplazaba por el estudio, Gala podía seguirlo mentalmente por los ruiditos.

—Esas flores van muy bien. Falta un poco de definición en los bordes, vamos a intentar con unas agujas especiales que tengo por aquí.

La voz le llegaba de los anaqueles del fondo, donde Carlos guardaba los objetos de vidrio. Gala conocía el sitio de memoria. Era su momento preferido de la semana. Aquí se sentía aislada y protegida del mundo exterior.

—¿No has tomado, verdad?

—No —aunque la cama tenía un agujero para la cabeza, no era cómodo hablar hacia el suelo. En lo que iniciaba el tratamiento, Gala optó por girar la cara y aplastar su cachete derecho contra la superficie acolchada. Sus labios se deformaron con la presión lateral.

—Recuerda que nada de alcohol. Eso adelgaza la sangre —los pasos de Carlos se alejaron hacia su izquierda.

—¿Sabes? Algunos de mis alumnos traen moretones por todas partes —dijo Gala. Sentía el vapor de su aliento reverberado por la cama.

Carlos se movía por el área de los látigos y cuerdas. Gala oyó un tintineo metálico, quizá un cajón con monedas, o clavos. Le gustaba este espacio amplio y ordenado, más que los laboratorios de biología con los ma-traces chorreados, las tapas oxidadas, la mugre y los típicos excrementos de mosca sobre algunos experimentos olvidados desde cuándo. Aquí las cosas encontraban un sosegado y limpio lugar. Además, aquí se ponía el cuerpo vivo, no animales muertos.

—Son moretones involuntarios, sabes, como de caída en el recreo, pero no sé qué tanto.

—¿Qué tanto qué? —preguntó Carlos, distraído.

Algo rodó por el suelo.

—Qué tanto son involuntarios. Hay alumnos rarísimos, con muchos moretones. Me parece atractivo, aunque sean niños.

Carlos acercó una mesita con ruedas, se puso los guantes. Gala escuchó el chasquido del látex y un calofrío placentero le subió por la columna vertebral.

—Oye, me crucé con tu dentista. Por eso no toqué el timbre.

Gala sentía incontrolables ganas de hablar en cuanto se recostaba sobre la camilla de cuero. Hablar de lo que sea. Las palabras le escurrían por la boca, aun con lo incómodo de la posición.

—¿Ah sí? —Carlos preparaba una jeringa. Le daba golpecitos para sacar las burbujas de aire.

—Sí. ¡Me asustó! Me llegó por la espalda, no lo escuché venir.

—Es muy silencioso... —Carlos alineaba sus instrumentos sobre la mesita, Gala vio de reojo tres martillitos.

—Me enseñó su consultorio, no imaginé que esta casa fuera tan grande. Y su taller de prótesis dentales.

—...

—¿De verdad hay tipos que cambian sus dientes sanos por otros afilados como cuchillos?

—Es una moda —Carlos tomó una jeringa más grande.

Gala giró la cabeza y acomodó su rostro sobre el agujero de la camilla. Miró sin mirar el piso blanco.

—¿Y cuando se muerden la lengua?

—Imagínate. Unos acaban en el hospital.

—Me impresionaron los colmillos puntiagudos... ¿Sabes? Hacen buena pareja ese dentista pelirrojo y tú.

—Gracias.

Gala sintió el primer pinchazo entre sus omoplatos. Apretó la quijada, y lo dejó trabajar.

Veinte minutos más tarde, al despedirse en la puerta, Gala intentó verlo a los ojos. Era imposible. En cuanto alcanzaba el iris azul que tenía enfrente, su mirada era expulsada hacia la periferia amoratada que contenía el globo ocular como en un estuche de terciopelo negro. Los párpados superiores e inferiores de Carlos eran negrísimos y ese color, que bajaba uno o dos tonos hacia el violáceo o el cárdeno, se extendía más allá de la cuenca del ojo, por los pómulos, las cejas y las sienas. Carlos parecía una especie de hombre mapache. Dos puñetazos decorativos, casi circulares y siempre iguales, enmarcaban su mirada y la protegían de la indiscreción de la gente. De lejos, con la luz deficiente del pasillo de la clínica, parecía una calavera, tan blanca era su piel y tan profundamente negras y rebasadas las cuencas de sus ojos.

IV

LA MÉDICO FORENSE ESTABA SENTADA JUNTO AL ATAÚD, entre los arreglos de flores y velas, con sus mocasines Camper y su camarita digital sobre las piernas. Sus manos colgaban a ambos lados del asiento, atadas a sus bra-